

---

# Rivalidades electivas: fútbol, política y lucha de clases

## Presentación

Juan Francisco Fuentes

¿Son electivas las rivalidades futbolísticas? Cuando un aficionado al fútbol se hace de un equipo está eligiendo a la vez, conscientemente o no, a su principal antagonista, sin el cual el amor a sus colores quedaría incompleto. Lo que haya detrás de esa rivalidad probablemente se le escape. Intuye que forma parte de una tradición que nadie cuestiona, una especie de orden natural del mundo del fútbol que se da también en la forma de vivir la propia identidad nacional, en muchos casos constituida a partir de una relación fóbica con otro país. Javier Pradera contaba el caso de aquel oficial del ejército que explicó la idea de patria a sus soldados con una pregunta retórica: «¿A que cuando pensáis en Francia os da mucha rabia? Pues eso es la patria». La misma lógica lleva a los aficionados de un equipo a detestar a aquel al que consideran su adversario natural, tal como muestra el mapamundi futbolístico en su amplia y variada geografía: Real Madrid y F.C. Barcelona, Boca Juniors y River Plate, Sevilla y Betis, Partizan de

Belgrado y Estrella Roja o Al Ahly y Zamalek en El Cairo, protagonistas, en palabras de un columnista de *The Guardian*, del «derby más violento del mundo» por concitar tensiones que van mucho más allá del fútbol.

¿A qué obedecen las rivalidades entre dos equipos dentro de un mismo país y a menudo de una misma ciudad? ¿Qué claves sociales o políticas, si las hay, explican las fobias entre aficiones de distintos clubes? ¿A qué ideales y tradiciones sirven esas comunidades imaginadas que han ido creciendo en torno a un balón de fútbol? ¿Cómo construyeron su identidad a partir de la elección de un nombre y unos colores?

En ocasiones, el color que va a determinar la historia de un equipo responde ya a una motivación política, a la identificación de sus fundadores con una ideología determinada o con un relato y una simbología territoriales. Tal vez el caso más ilustrativo sea el del Nottingham Forest inglés, que al fundarse en 1865 adoptó el rojo para su camiseta por ser el color del uniforme paramilitar de Giuseppe Garibaldi y sus hombres —los «camisas rojas»— en su lucha por la unidad italiana. La elección dice mucho de la enorme popularidad de Garibaldi fuera de su patria, sobre todo entre la izquierda, pero también de la facilidad que tiene el deporte para integrar sentimientos de toda índole y adaptarlos a su propio imaginario. Todo club es más que un club si atendemos a su tradición, a su dimensión institucional y, a veces, a la extracción social de sus aficionados. Esa identidad de clase, aunque diluida con el paso del tiempo, sigue marcando algunas viejas rivalidades locales, sobre todo en América Latina. Cerro Porteño en Paraguay —«el club del pueblo»— es la antítesis balompédica del Olimpia, el equipo de las clases acomodadas de la capital paraguaya. La misma dualidad se da en Argentina entre Rosario Central y Newells Old Boys —clases bajas y altas— o en Chile entre Colo-Colo y Universidad Católica, clubes de perfil popular y mesocrático, progresista y

conservador, respectivamente. El fenómeno se registra también en Europa, por ejemplo, entre Benfica y Sporting en Lisboa, AEK y Panathinaikos en Atenas o Aston Vila y Birmingham en esta ciudad, en la que sus dos principales equipos encarnan la polarización ideológica y social –derecha e izquierda, clases medias y clase obrera– de sus habitantes. El antagonismo social, político o religioso, como en el caso del Celtic y del Glasgow Rangers, representantes de la comunidad católica y protestante de la ciudad escocesa, se canaliza así en un rito incruento, pero de una violencia latente que llega a desbordar el marco deportivo y adquiere una dimensión insospechada si se desconocen la identidad y los sentimientos que están detrás de cada club.

Las ciencias sociales han avanzado mucho en los últimos tiempos en el estudio del deporte, tras ignorarlo desdeñosamente durante décadas. A diferencia de los intelectuales del 98 y de la mayoría de los de su generación, Ortega y Gasset supo ver hace ya un siglo el impetuoso torrente de modernidad que traía consigo. El fútbol se convirtió entonces en un espectáculo de masas que fascinó a las vanguardias artísticas, lo mismo que el cine, la velocidad o el maquinismo. Pero tras aquel amor a primera vista –no hay más que recordar la espléndida *Oda a Platko* de Rafael Alberti– se impusieron los prejuicios de los intelectuales hacia un fenómeno que despreciaron por alienante y embrutecedor. Tal vez influyó en ello el uso que los totalitarismos de entreguerras y después algunas notorias dictaduras europeas y americanas hicieron de él como instrumento de control social y propaganda exterior. El hecho es que la mayoría de los historiadores lo mantuvieron fuera de su campo de estudio hasta que la llamada crisis de los grandes relatos, y en particular del marxismo, les obligó a buscar nuevas formas de hacer historia social que superaran el burdo esquematismo de otros tiempos, cuando el marxismo constituía el pensamiento único en los campus universitarios. No deja de ser curioso que ese

rodeo de la historia a través de lo simbólico y lo identitario nos devuelva a una tensión dialéctica que no anda tan alejada de los postulados marxistas. Las rivalidades que propicia el fútbol pueden ser un ejemplo de ello cuando responden a viejos antagonismos políticos o de clase.

El Mundial de Fútbol que se juega este mes en Qatar es una ocasión propicia para reflexionar sobre sus raíces históricas y sobre su adaptación a las condiciones del nuevo milenio. Cada Campeonato del Mundo, como cada edición de los Juegos Olímpicos, tiene una dimensión geopolítica relacionada con su momento histórico y con los derroteros que parece seguir la humanidad. De entrada, el de este año nos dice mucho, antes incluso de celebrarse, sobre el impacto de la globalización en el fútbol y sobre los nuevos poderes que lo –y tal vez nos– gobiernan.

J. F. F.